

La frustración va envuelta en un papel de regalo de cinco toques. Antes del primero, ni siquiera hay dulzura. Un pase arrastrado con pierna de alambre. Con el gemelo agarrotado a esas alturas. Harto de una toxina llamada agotamiento. La devuelve Mutiu, con la alegre imprecisión del fútbol africano, que parece feliz hasta en la miseria y el fallo. Una pared de adobe. Y ahí llega el que abre la cuenta atrás. Uno, dos... Bota derecha. Tres zancadas. Un par de tipos a rayas superados. Ha empezado y el hombre más triste del planeta se cree aún capaz de todo cuando observa como el peligro le mira de frente. Carga su fusil y sale a campo abierto. Alocado, impreciso, brutal... Un animal nacido para defender su espacio de área. Búfalo. El tercer toque es un capote, la daga en el costado entre dos gladiadores que forcejean pegados el uno al otro. Clavada con delicadeza, con el extremo de una pierna que parece de goma y se alarga precisa para sentir el cuero al costado de la uña del dedo más gordo. El fútbol y las palabras son ritmo. Pa, pa, pa... El último central es el gran perdedor, el cuarto de la fila el día de las medallas. Ha quedado atrás. Ya es historia.

Tumbado, fuera de plano y del mundo. Se gira para ver como el diablo entra en su casa. Eso es frustración. Eso era. Un diablo de vodka que usa el cuarto toque ya regocijándose. Sólo para conducir la bala del cañón. Para pensar, para relamerse. Y piensa que al portero quiere también hacerle daño. Porque el gol que más duele es el que entra despacio. Por eso el quinto toque pulsa en el mando el botón de la cámara lenta, el interruptor del tiempo. Es una caricia a los bajos del fútbol, arrastrando los tacos por la hierba de un lugar verde y sagrado. Una catedral que se queda en silencio, como en misa ante una vaselina líquida, un gesto que eleva el balón con esa mística que requiere parsimonia. La pelota se siente tan sola durante el vuelo, tan observada, que busca la compañía de un poste y entra, junto a él, con un punto de vergüenza.

Radchenko lo ha hecho. En cinco toques y seis segundos. En décadas de historia. Y a mí, en la repetición 3.426 me gusta pensar en el dolor brutal que hay en la mirada del último defensa del Athletic. El que sale como un búfalo. No es rencor. Es que el éxtasis y la amargura conviven en la misma décima y pueden tocarse con la mano. En la 3.427, en los anuncios que se ven cuando arranca la jugada. Súper Nintendo, Viña Alcorta y Fortuna. En que en el fútbol de ahora, uno es viejo y los otros dos ya no pueden ni siquiera anunciarse. En la 3.428 en el árbitro que aparece de pronto en la imagen y pone el cuerpo rígido para señalar con el dedo el centro del campo apenas a un metro del punto de penalti. Con la pose recta que los colegiados ensayan ante el espejo del

salón, el de la puerta del armario. En la 3.429 en todas las veces que nos fuimos a casa con la sensación que aquellos tipos que se quedaron en silencio se fueron esa noche a su casa. En la 3.430, en la soledad del portero. En la 3.431, en que él aún estaba vivo ese día para comentarlo conmigo al llegar a casa. Y en todas las que fueron de la repetición 6 a la 2.500, de la 2.724 a la 3.400 y en la 3.432 que veo ahora mismo, me gustó y me gusta pensar qué pensaría Dimitri cuando, tras ver el balón entrar, derrumbó el tronco encorvado sobre sus talones en el área de San Mamés.

Álvaro Machín.